

Jaguares en el cenote



Pablo Molinet

ZOR ERA HINDÚ; LORÍA, GITANO. Por supuesto que el Instituto Nacional de Migración no corroboraría esos datos; es más, a principios de los años 90, el Poder Judicial del Estado Libre y Soberano de Guanajuato había emprendido procesos penales en contra de ambos —y de quien esto escribe—.

Eran hirsutos, bajitos, ornitoformes, articulaciones endebles y pectorales estrechos.

A Loría lo trajo el tren, que seguido obsequiaba a la cárcel municipal de Salamanca con banda que venía de lejos, polizones de vagón carguero —“viajar de trampa” se llamaba en el argot de entonces—, que se metía en broncas por hambre y porque sí.

Junto con un malandro decrepito —al que llamaré Venancio—, Alejandro Loría Fogarasi intentó tumbar un cantón, lo que el código penal tipifica como robo a casa habitación. El dueño se dio cuenta. Los patrulleros los capturaron sin hacer iris —sin mayor esfuerzo—.

—¿Y por qué no salió juído, compa? —le fue preguntado en su primera mañana en el angosto patio de El Cajón. Y le fue inquirido a él, y no al tullido Venancio que, sentado en la banca de concreto, tomaba melancólicamente el sol, pues la respuesta saltaba a la vista.

Loría le dio una calada a su Faro y respondió, con suma seriedad, que los ojos de la santa imagen en la hornacina que dominaba la cochera de la casa les habían fijado un límite infranqueable a partir del cual “no pudieron moverse más”. Añadió que le había advertido a Venancio que la casa en cuestión estaba bajo protección especial, con un trabajo grande, y que éste no había querido escuchar.

Se asintió con gravedad, ponderando aquellas palabras. Por esos días se fumaba muchísima mota en la Sala 1 —el del desayuno y el de mediodía, el de la comida, el de después-de-la-lista, el dormilón—, de modo que aquello no sonó particularmente descabellado.

Ese mismo clima de reggae que privaba en El Cajón ese otoño del 93 le permitió a Loría persistir impunemente en su aversión por la regadera —que, meses después, cuando nos trasladaron a Irapuato, estaría a punto de salirle muy cara, pues en la cárcel la pregunta “¿Qué, ni un bañito ni nada?” no era un sarcasmo inocuo sino una intimación amenazante—.

La tira y el MP le vendieron barata la salida a Venancio: todo lo que debía hacer era empujar a Loría como autor intelectual del robo. Previsiblemente, el viejo aceptó y dejó atoradísimo al socio.

Loría es un apellido catalán —sin el acento, es más o menos frecuente en la península de Yucatán—. Fogarasi es centroeuropeo, aparentemente húngaro —cualquier cosa que eso signifique—.

—No nací aquí —decía en un español perfectamente mexicano, mientras lavábamos los platos de la comida o preparábamos el Nescafé azucaradísimo del anochecer. Las conversaciones allá adentro son así, recurren, se calcan, reinciden.

—¿Y entonces?



—Soy gitano.

Nací en un remolque, en la carretera.

—¿Pero en este país o en otro? —de veras queríamos entender.

No respondía, sólo nos miraba como si se tratara de algo que de veras no pudiera explicar.

En algún momento nebuloso entre los 70 y los 80, compraba kilos y kilos de arroz, frijoles, azúcar en la tienda del ISSSTE de Chetumal, hasta colmar la cajuela generosa del vocho con el que cruzaba a Belice; allá canjeaba aquello por kilos y kilos de una mota buenísima que unos carnales sembraban por Bluefields. Y la vendía en Cancún —en dólares, por supuesto—. Esos eran negocios, afirmaba con toda la vehemencia que su garganta, ahumada por décadas de Faros, le permitía.

Era, como dicen los que saben, un activo de la empresa. Nosotros producíamos piñatas, industria cuyo único auge es fatalmente estacional; él, en cambio, era un artista de la chaquira. De sus curvas garritas de codorniz brotaban aretes, collares, pulseras fulgurantes que adquirieron cierto renombre entre las muchachas de los barrios.

Después del desayuno y la lista matutina, se forjaba un churrote —un chanco— y se ponía a trabajar en su mesita, sin parar, por horas.

“¿De dónde sacas eso?”, le preguntábamos, intrigados por las lujosas combinaciones de verdes, dorados, rojos, amarillos, y la rigurosa geometría de sus patrones.

“¿De la mota?”

“Simón”, respondía con sencillez. “Viajo a la selva de Quintana Roo, empiezo a caminar por las veredas de allá y con lo que voy mirando saco los jales.”

Los días de visita se acicalaba para no desentonar pero nadie lo visitó nunca, nadie lo llamó por teléfono ni le mandó postales.

En el invierno toda la población de la municipal de Salamanca fue trasladada a Irapuato: cárcel dura, cana pesada. (“Los arrimados”, nos motejaron. Éramos, para mal, unos exiliados cuya presencia agravaba el hacinamiento).

Estuvo cerca de una muerte atroz. Su costillar a flor de piel, su hedor, su mirada brillante —chaquira bajo el sol—, atrajeron ese impulso predatorio que, lo mismo en una cárcel de 1993 que en un patio escolar ahora mismo, despierta cierta belleza aparejada a lo endeble, a lo indefenso.

Lo rondaban ya pero no alcanzaron a tocarlo más que de palabra y mirada —que no es poca cosa—. Salió, nunca supimos cómo, si estaba embarcadísimo con el juez. Se fue a la sorda, sin despedirse. Así se hace cuando se corre el riesgo de que lo enferren a uno en el último pasillo antes de la aduana.

Un par de semanas antes de que Loría le llegara a la lleca, a la calle, Zor Ael-Kor fue a dar con sus delicados huesos —y sus ojos azulísimos y sus barbas grises— a la cárcel de Irapuato. Se refugió entre nosotros, los salamanquillas, los apestados.

—Soy un yogui —nos hizo saber.

—¿Como el oso? —le preguntamos, no de mala fe.

—No, un meditador. Budista —nos explicó. Y asentimos gravemente, nadie le preguntó cómo se las había arreglado para que American Express lo encarcelara.

Usaba un suéter gris con un par de agujeros y unos lentes delicados y aristocráticos, reparados con *masking*.

—Entonces, ¿eres hindú? —le preguntábamos mientras lavábamos los platos del desayuno o preparábamos el Nescafé azucaradísimo de mediodía.

—Sí —nos respondía en un español impecablemente mexicano—. Mi papá es diplomático, fue embajador de la India en México.

Había vivido en un monasterio, decía. En su país, por supuesto. Estaba haciendo negocios en León para financiar a una comunidad budista cuando había ocurrido aquel malentendido —que otra cosa no fue— con unos proveedores.

Lo visitaba una mujer de grandes ojos verdes, con las arrugas en las comisuras de quien vuelve de todas las decepciones. Si raída ya, su ropa era de un gusto educado y discreto.

Hablaban poco. Apenas se tocaban. Pero ella no faltaba un solo domingo.

—¿Cómo va tu bronca? —le preguntábamos.

—Todo es pasajero —atajaba, y sonreía.

Vaya usted a saber por qué artes, la chispó en febrero de 94. A la sorda. No fuera siendo.

“¿Quiere que me lo coma, güey?”: así se amenazaba de muerte. En las canchas, en los pasillos, en el comedor, en las regaderas, clanes antropófagos rondaban a los salamanquillas, que nunca andaban solos. “Enséñame a meditar”, le pedí a Zor por esos días de cautela y acechanza. Me ordenó adoptar posición de loto sobre mi colchoneta. “Respira profundo e imagínate que una vela encendida que se está derritiendo. Inhala profundo, exhala con calma: eres una vela encendida, te estás derritiendo.”

Y si se inventó la Meditación de la Vela en ese preciso instante, o si la había leído en *Selecciones*, no importa. En una celda del pasillo B del área de población Zor Ael-Kor era Zor Ael-Kor; yo, su discípulo; y mi cabeza se sosegaba y de su quietud surgía una serenidad al borde del desastre.

Acaso deba a esa calma insólita recordar, con tanta nitidez, con tanta *lentitud*, el vuelo de un gorrión que, en la primera luz de la mañana, cruzó las rejas. Acaso también la nitidez de este otro recuerdo, que data de ese mismo tiempo: “Una vez seguí todo el día una vereda en la selva”, me contó Loría, “hasta que llegué a un cenote. Parecía que muchas libélulas estaban volando sobre el agua, pero ¿sabes qué eran, carnal? Jaguares. Jaguares chiquitos, con alas transparentes, como de libélula.” 

